



Luis Lozano
El imitador de Dios

PREMIO CLARÍN DE NOVELA 2011

El imitador de Dios

LUIS LOZANO

ClarínX
ALFAGUARA


A Su

Ahora bien: ¿Qué es toda la vida mortal sino una especie de comedia donde unos aparecen en escena con las máscaras de los otros y representan su papel hasta que el director del coro les hace salir de las tablas?

ERASMO, *Elogio de la locura*

|

BUENOS AIRES
Historias en los bares

1

El hombre que un día aparece en el pueblo y, uno por uno y a condición de que se vayan con lo puesto, comienza a ofrecer mucho dinero a los distintos dueños de las casas de una de las manzanas del centro. Pocos meses después ya es propietario de la manzana completa: más de cuarenta viviendas contiguas y todo lo que hay dentro de ellas. Pero cuando en el pueblo creen que va a derribarlas para levantar un edificio, el hombre abre huecos en las medianeras, coloca puertas que llevan de una construcción a otra y transforma esas cuarenta y dos casas en apenas una sola. No le han interesado los ocupantes, pero sí le atraen los objetos (fotografías, ropa, muebles, libros, adornos, juguetes) y más que nada los paisajes diversos de las viejas construcciones. Por eso de pronto el hombre también es dueño de las historias de esas casas, de todos los momentos registrados en cada marca de las paredes, en cada baldosa rota, es dueño hasta del pausado montaje de los olores por los que ahora es posible —tras un ejercicio no demasiado extenso— identificar las distintas cocinas, los patios, los corredores con mamparas que llevan de una vivienda a otra. Sólo que allí en ese punto donde cualquier otro hombre se habría detenido para fijar la situación, él da otro giro en el aire y vuelve a desaparecer.

Los dos empleados de la redacción del diario del pueblo, que además son ciertamente amigos. Una mujer y un hombre. Ella está casada, dos hijos. Él es más joven que ella, soltero, vive con su madre. El diario atraviesa un momento de descalabro económico, los empleados cobran mal, a ve-

ces por día, otros días no cobran. La cámara digital está rota, la red de computadoras no funciona, el taller ha caído en desuso y el diario se imprime en una ciudad cercana. El empleado (Marcos) no soporta las condiciones de trabajo, quiere irse, pero tampoco encuentra otro empleo. Ella (Paula) está igual de cansada, pero es más paciente y no le gusta que él se amargue la vida así como lo está haciendo. Un día Marcos comienza una protesta que parece no tener fin y Paula pretende calmarlo, le pide que mire la mitad de la botella llena, y discuten, pero en buenos términos, con buenas intenciones. Sin embargo surgen reproches personales. El día que le toca hacer el horóscopo a Marcos él lo utiliza para enviar mensajes a Paula, que es de Tauro, y que lo lee. Al día siguiente, cuando le toca a ella, también lo usa para responderle con consejos que, al leerlos después Marcos, cobran un sentido nuevo. En el pueblo hay una pareja que sigue atentamente el horóscopo del diario y creen en él casi con devoción; ella es del signo de Paula, él del signo de Marcos. Los dos empleados, sin proponérselo, van influyendo en la vida de los desconocidos hasta que lo que para Paula y Marcos es simplemente un juego, se vuelve para esta otra pareja una situación de violencia en la que uno matará al otro. No va a demorarse la noche en que Paula o Marcos redacten la crónica del homicidio que ellos mismos —ignorantes de lo que en realidad sucede— propician cada día.

El hombre que maneja el único coche de la única línea de colectivos del pueblo. El chofer que pasa exactamente cada una hora por los mismos lugares y que un día (es invierno, hace frío, en el aire hay una especie de agua nieve que opaca la transparencia de las primeras horas de la tarde) comienza a asociar algunos movimientos en cierta casa de uno de los extremos del recorrido con los movimientos de otra casa, en la otra punta de la vuelta. Es decir: cada treinta minutos el hombre tiene una alteración de la historia que él mismo va construyendo en su mente entre un extre-

mo del recorrido y otro, de modo que la historia que está viendo suceder —aunque de trama ignorada— avanza ajena a lo que él supone. Hay un auto rojo, viejo —un Chevy desvencijado—, que se le adelanta siempre, y él lo ve, entonces, estacionado, sin variantes, frente a las dos casas. Ésa es la imagen que le queda: el auto que, como él, va y viene entre los dos puntos en una frecuencia similar a la suya, lo que los integra en una temporalidad obsesiva. El chofer quiere adivinar lo que verá cuando llegue al otro extremo. La ansiedad crece de manera constante y lo altera al punto de querer intervenir cuando esté seguro de que, según sus apreciaciones, en el extremo siguiente, es decir dentro de treinta minutos, la fatalidad va a provocar un asesinato. Pero, por supuesto, antes de llegar el micro sufre un desperfecto, y el desconocido que para en la calle aislada (ya es de noche) a auxiliar al chofer, a preguntarle si puede ayudar en algo, detiene su Chevy rojo.

Las historias están en la voz de Vieytes, ahora sobre la mesa del bar y en el aire cercano a nosotros, pero parecen venir de esa zona indefinible que hay por debajo y por detrás de sus anteojos, desde donde habla como al vacío, a nadie, falsamente despreocupado por convencerme de que el proyecto vale la pena. En el bar ya no quedan clientes salvo él y yo, y todo lo que puede verse de la noche que hay afuera es la extensa mancha traslúcida, clara, que arroja el foco de la esquina, las hojas secas que el viento mueve con suavidad sobre la calle, ahora que ha pasado el vendaval. A mi lado —no enfrente, porque ambos hemos terminado apoyados contra la pared del fondo como muestra de lo que la desolación de esta noche puede hacer con dos hombres de voluntad quebrada— Vieytes no deja de hablar, y habla contra el acecho de mi indolencia; lo denota la forma en que mueve las manos para remarcar, cada tanto, las sílabas acentuadas de lo que dice. Vieytes afirma que no hay improvisación en el proyecto, y que desde hace meses trabaja para realizarlo. La idea no es extraordinaria,

pero tampoco es sencilla, dice. Se trata de que todo el pueblo represente una obra de teatro con el propio pueblo como escenario. Una superposición del espacio ficticio con el espacio real durante veinticuatro horas. Teatro comunitario.

Le pregunto, pero sin dejar de observar al mozo, que comienza a dar vuelta las sillas y a ubicarlas sobre las mesas, si ya ha conseguido el pueblo que se preste a su proyecto. Vieytes mueve la cabeza de arriba abajo con energía varias veces y responde que sí. Dice que no ha sido fácil convencer a tanta gente, pero que Providencia es su pueblo natal, así que de alguna manera él conoce a muchos de los futuros actores, además de que Providencia ni siquiera es un pueblo, apenas si puede llamársele caserío.

Las palabras de Vieytes, o la declinación que Vieytes ha dado a las últimas palabras, o el ruido seco del vaso vacío contra la mesa, algo de todo esto atrae al mozo, lo anima a acercarse a decirnos que tiene que cerrar, que si lo disculpamos. Vieytes dice que sí y le promete que ya nos vamos, pero enseguida toma el cuello de la botella entre el pulgar y el índice de su mano izquierda y extiende el compromiso a que la siguiente cerveza es la última. El mozo accede sin ganas, y Vieytes continúa hablándome relajado. Dice que las historias de Providencia no son necesariamente las que me ha contado, y que si esas historias por último integran la trama de la obra, no tienen por qué desarrollarse así. No son más que ideas. Una historia siempre puede tomar rumbos impredecibles, así que todo lo que él va a hacer con los actores es darles pautas de los personajes, situaciones iniciales, para que después la dinámica de la acción y la propia creatividad de la gente termine componiendo los hechos. Pide que imagine: el cartonero del pueblo presidente de la Sociedad Rural, el cura párroco convertido en jefe de la estación de trenes, la profesora de matemática dueña del cabaret. Va a ser como disparar los deseos de cada uno, los traumas, las miserias.

De pronto deja de hablar y se queda quieto, mirándome a los ojos. Enseguida, acercándose, buscando una intimi-

dad que ya tenemos por ser los únicos clientes que quedamos en el bar, frente al mutismo que yo le opongo desde el lado de la ventana, dice:

—Te necesito para hacer el registro de los hechos. Vas a ir contando todo lo que suceda en el pueblo el día de la obra. Como actor, como un personaje más que escribe compulsivamente, que no para de escribir, un grafómano. ¿Aceptás?

El mozo vuelve con la cerveza y la deja ante el silencio que hay entre nosotros. Yo sigo la trayectoria de la botella sin interés, sólo por escapar de la asechanza de Vieytes. Digo que no.

Vieytes abre los brazos y apoya los codos en el respaldo de la silla. Su vientre, a mi mirada, cubre el rincón cercano a la estufa, donde el mozo ha empezado a barrer. Observa el ir y venir de la escoba y dos veces alza la vista hacia el hombre que amontona colillas de cigarrillo, papeles y un polvo de ceniza gris y escaso. Pero no dice nada, apenas si resopla molesto y toma su vaso para inclinarlo frente a la botella que sostengo casi con desdén, aguardándolo. Sólo minutos después, cuando ambos ya hemos encendido otro cigarrillo y vamos por el segundo vaso de cerveza, Vieytes se acomoda en la silla y comienza a decir que no le sorprende mi negativa, que los tipos como yo siempre terminan escribiendo encerrados, solos, como locos, porque no sirven para otra cosa. No hay más escritor que el escritor fracasado, el hombre fracasado que escribe para volver a fracasar, dice. Es así.

Habla fuerte, su voz lastimada por el cigarrillo y el alcohol se oye nítida sobre el silencio del bar, sobre los trozos de silencio que el chasquido de la escoba fracciona por debajo de la voz de Vieytes. Al fin acaba con la cerveza, se pone de pie y empieza a ponerse la campera. Su figura crece hacia abajo y es posible verlo, desde donde miro, como un cono azul que alguien hubiera puesto, de pronto, sobre la mesa. Tiene los hombros encogidos y el vientre prominente, que desproporciona el torso. La barba gris es demasiada base para la cabeza pequeña, de pelo corto, que hay

más arriba. Tira un billete grande sobre la mesa y pregunta al mozo qué se debe. La cifra no coincide con el billete, pero eso parece no interesarle a Vieytes, que cuando es alcanzado por la voz del mozo ya camina hacia la puerta sin intención de girar y responder que el vuelto no le importa. Hago un gesto al hombre que aún no ha abandonado la escoba —pero un gesto que no es nada, ni disculpa ni saludo ni explicación de qué hacer con el dinero que hay a un lado de los vasos— y comienzo a seguir a Vieytes por entre las patas de las sillas que apuntan hacia el techo, hacia la sucia presencia de los ventiladores quietos.

Cuando salgo, ya se ha alejado unos metros a la izquierda de la puerta que, en el apuro, no cierro. Camina por el medio de la calle, de cara al viento. La luz bamboleante hace aun más grande la sombra que Vieytes arrastra sobre el asfalto y por un momento dudo si llamarlo o no. Pero al llegar a la esquina detiene la marcha bajo la luz y gira hacia mí con las manos en los bolsillos de la campera, con el leve, furtivo reflejo de los cristales por delante de su rostro, con su figura imponente compuesta en sombras sobre sí misma y humedecida por el rocío.

—En honor a la amistad que tuvimos, Gauna —me grita—, si querés hacer algo por mí todavía estás a tiempo.

Nunca hemos sido amigos, sólo viejos conocidos; pero hay un dejo de ingenuidad, de ofrecimiento franco en su actitud, que me impide desmentir lo que está diciendo. Le ruego que se calme, que no se sienta así. Le digo que voy a considerar la propuesta.

—No hablo de eso —dice.

Casi a mi espalda se oye caer la cortina metálica del bar, que quita un poco más de luz a la vereda y a la inclemencia de la noche. Vieytes permanece unos metros por delante y desde allí me acerca una voz ahora más serena, conciliadora, para pedirme que lo acompañe al bar de la avenida San Martín, a pocas cuadras, donde una sola cerveza helada, la última, le alcanzará para decirme lo poco pero fundamental que aún falta que yo sepa acerca de su proyecto.

2

Mi nombre es Gauna (lo dijo Vieytes), y soy, lo que se dice, un escritor modesto. No tengo familia, vivo solo, y atravieso esa edad en que se descubre la conveniencia de ya no insistir en lo que se sabe que no se hará nunca. Por eso la agresión de Vieytes no me dolió esa noche, porque la verdad no ofende; pero sólo si se ha hecho de la frustración una certeza en el cuerpo esa verdad no ofende. Primera cosa, entonces: soy un fracasado. Segunda: Vieytes tenía razón. Tercera: nunca fui amigo de Vieytes.

Hace dos semanas, cuando todo lo que resta por contar ya comenzaba a perder relieves, a buscar esa forma apacible que suelen tener ciertos hechos en los pliegues de la memoria, pensé que tal vez dejar escrito lo que pasó fuera mi última oportunidad de entenderlo. Mi padre solía decir que los hombres no siempre estamos preparados para el momento que vivimos, y que de esas incomprendiones, de ese desajuste de la existencia surge una buena parte de lo que luego nos suceda.* Como sea, lo cierto es que me acordé de él cuando decidí escribir, y ahora que he comenzado a trabajar en esta habitación pequeña de los fondos de mi casa, donde me encierro por las mañanas y parte de la tarde frente a la máquina, me pregunto si no será mi actitud un modo de dar razón a los dichos de mi padre (y estas páginas que escribo un intento de alterar un destino que, a fuerza de certidumbre, inquieta).

Vieytes no aparece siquiera entre los conocidos de mi infancia, en Bolívar. Su figura pesada, aunque sin barba y sin anteojos, recién se incorpora a mis recuerdos en tiempos de la secundaria, cuando una tarde de los primeros años

del colegio apareció enmarcado en la puerta del salón y nos echó una mirada soberbia que nos intimidó a todos. Los demás parecíamos los recién llegados, no él. Sin embargo, poco a poco fue integrándose al grupo y en unas semanas logró hacerse amigo (o socio) de algún marginal de la división, con el que salían juntos, por las siestas, a robar garrafas y bicicletas. Conmigo no tuvo una relación estrecha, e incluso las dos veces que intenté acercarme a él tomó una actitud displicente, como si mi presencia, mi persona, le molestara o no le interesara en absoluto. La primera fue para la final del campeonato intercolegial de fútbol, contra el Cervantes, en la que él jugó en la defensa y yo intenté armar el equipo desde el mediocampo. El día antes del partido, durante un entrenamiento en el estadio, me acerqué a decirle que convenía que él y yo nos entenderíamos un poco mejor para que la comunicación en la cancha fuera más natural. Vieytes me miró desde arriba como si hubiera ido a pedirle un autógrafo y dijo que yo me limitara a hacer lo que tenía que hacer, que él se ocupaba de que allá atrás no pasara nadie. La segunda fue cuando colocó una lamparita rota en el interior del piano en una clase de música, el piano comenzó a sonar con un fondo de platillos y al fin llegó la amenaza de amonestaciones colectivas si no aparecía el responsable. Esa vez le dije que contara con mi silencio, y otra vez me miró fijo, desde allá arriba, para preguntarme cuál era la novedad, que mejor que me callara si no quería aparecer tirado con el culo roto en la zanja del callejón del fondo.

Recién cuando el segundo año de nuestra precaria convivencia institucional iba terminando, en el país la dictadura ya estaba cómodamente instalada, el colegio tenía un nuevo rector, yo había perdido a mi primera novia y Vieytes no paraba de pelearse en el patio con los matones de quinto, una tarde apareció en mi casa asustado, desconocido, con la noticia de que cuatro militares de civil se habían llevado a su padre en un auto blanco, sin patente, en un operativo rápido no hacía más de una hora. Nunca habíamos oído hablar de que Vieytes tuviera una madre (quiero decir: de que

su madre viviera con él), ni tampoco de que tuviera hermanos, así que ese grandulón atemorizado que estaba inmóvil frente a mí en la puerta de calle y que aún conservaba en el rostro marcas de su última pelea, ahora también estaba solo. Por supuesto que fue inútil que mi madre intentara averiguar el paradero de su padre y que fuéramos dos veces al Regimiento de Caballería en busca de algún dato que nos orientara. En la comisaría no había registro, el intendente no sabía nada, el diario y las radios ignoraron el suceso y al fin el padre de Vieytes, desde aquel día, desapareció para siempre y sin dejar rastros de la violenta faz de la tierra.

En un principio Vieytes se quedó a vivir en casa. Nos acomodamos en la habitación de mi hermano mayor, fuimos y vinimos juntos todos los días al colegio y en la primera semana no dejó de despertarse por las noches alterado por las pesadillas. Una mañana que salimos a hacer las compras para que mi madre cocinara le pregunté por qué me había elegido para contarme, antes que a nadie, el secuestro de su padre. Dijo que lo había hecho sin pensarlo, que había sido un acto natural. Fue la única vez que pasó un brazo por mi hombro y caminamos así unos metros, como hermanos. Pero de inmediato dijo que se volvía a su casa; no quiso oír mis consejos, mis pedidos, y al fin un sábado de lluvia (era el verano) le ayudé a trasladar sus cosas para que iniciara, si lo deseaba, la tarea dura de recuperar los lugares que, pese a todo, seguían siendo suyos. Sobrevivió unos meses gracias a la caridad de los conocidos, y al año siguiente empezó las clases, pero al poco tiempo alguien lo vio —luego de emborracharse y jugar al truco hasta muy tarde en un bar de las afueras— subirse al tren que iba a Buenos Aires para desaparecer del pueblo y no volver.

Unos años después yo también me fui de Bolívar y me instalé en Buenos Aires; pero creo que ya antes, al poco tiempo de que se fuera, me había olvidado de que Vieytes existía. No volví a tener noticias suyas por treinta años, hasta que hace unos meses hallé su mensaje en el teléfono pidiéndome que le devolviera el llamado. Cuando oí la voz no pude reconocerla, por eso, hasta que su nombre surgió